

INTRODUCCIÓN

Hoy en día, la educación parece reproducir ese estado particular en que se halla un artista cuando da vida a su creación: emprende el camino de la producción de la obra de arte empujado por un confiado impulso y por el deseo de capturar la belleza si se muestra a su mirada, e intenta reproducirla de acuerdo con su modo personal de percibir, sentir y asimilar la realidad. En el proceso de su elaboración puede suceder que la obra se transforme en un desafío y un problema. El empeño que el artista pone en su realización puede evolucionar también en algunas ocasiones negativamente, hasta el punto de llevarle a no proseguir su recorrido. En tal caso, vive la sensación de dificultad como inhibitoria de su propia potencialidad, y prevalece sobre el *anhelo de belleza* que inicialmente había suscitado el impulso originario de la creación.

Al igual que la experiencia del artista, se diría que hoy igualmente la educación camina por largos y complejos itinerarios en el curso de los que el educador y el educando parecen no poder resistir las dificultades, viéndose superados por ellas. Como un viajero que, con paso cansado, avanza lentamente por el arduo camino, la educación corre el riesgo de arrastrarse con fatiga o, lo que es peor, de recorrer sendas siempre diferentes, deteniéndose ante el primer obstáculo, sin ensayar otras vías y llegar a descubrir las maravillas que nuestro camino puede desvelarnos.

La analogía entre la actividad artística y la educativa puede convertirse en un estímulo para ulteriores reflexiones. La experiencia propia del artista me parece paradigmática porque, aunque lo desea, no consigue nunca expresar del todo, en su sentido pleno, la belleza de lo que le ro-

dea. Sus obras acaban siendo un intento continuo y progresivo de penetrar la realidad íntima de las cosas y las personas, a pesar de las dificultades para captarla plena y cabalmente. Para conseguirlo, está llamado a entablar una relación de cuidado constante, e incluso, diría yo, de amor hacia aquello que realiza, porque su anhelo no se limita en exclusiva al deseo de producir una obra bella en sí, sino que intenta ponerse él mismo, junto con su obra, al servicio de la belleza descubierta y reconocida. El paralelismo con la educación, en este caso, parece mantenerse si pensamos cuántas veces la práctica educativa prescinde de la necesidad de perseguir, en todo momento, el éxito en la acción, y se guía, en cambio, por la necesidad de educar en toda circunstancia, aun cuando las condiciones no lo permitan o induzcan a abandonar la tarea.

Esta experiencia, a la que es inherente el vértigo del riesgo, no deja de atraernos por lo bello de sus implicaciones humanas, y la educación se perfila como acto, como hecho, como acontecimiento de contornos no siempre bien definidos, sobre todo si se considera el desafío que la cultura postmoderna laica supone para el quehacer educativo, situándolo en un contexto existencial en el que parece no haber ya referencias que ayuden a la persona a construir una relación auténtica consigo misma y con la realidad.

En muchos ámbitos de reflexión y conocimiento, surge la difusa percepción de cuán difícil es determinar qué actividades pueden evocar la naturaleza profunda del hombre, con su identidad articulada y sus potencialidades de libre expresión, dentro de un continuo y nunca acabado proceso de búsqueda de la verdad.

Esa búsqueda que cada uno está llamado a realizar, con una ruta estrictamente personal, tiende a ser sustituida por una suerte de experimentación de carácter siempre variable y nunca definitivo, a raíz de una toma de conciencia de sí ligada a un modo pragmático de interpretar la realidad, que permanece en la superficie de las cosas y se basa en perspectivas ajenas a cualquier apelación a la verdad.

Constrata con este escenario que, no contribuye en nada a la educación, sino que, por el contrario, la convierte en algo de difícil materialización y viabilidad, el desafío cotidiano que, al estar éstos en conflicto con la cultura contemporánea, plantean los principios educativos, cuya intencionalidad y potencialidad formativa es necesario determinar y redefinir. Padres, profesores y educadores emprenden el camino junto al educando, no sin advertir o verse invadidos por ciertas dudas, por la perplejidad y

por la incertidumbre. El proceso educativo es siempre una exploración, una búsqueda que desde el principio está llena de interrogantes y dudas sobre el camino escogido, el enfoque adoptado y la meta que se busca. Tal incertidumbre debería ser vista como un aliciente para empeñarse aún más en la comprensión del sentido de la educación, incluso en medio de la experiencia continua del riesgo y mediante la apertura hacia ámbitos e ideas poco comunes.

Nuestro tiempo parece tener al menos necesidad de pistas de reflexión útiles para identificar y recuperar elementos, momentos y situaciones que puedan incitar a vivir las propias experiencias con unidad y armonía.

Educar a la persona con el fin de lograr que aflore la inagotable gama de sus posibilidades es factible, no obstante, si además se percibe en el acto educativo una vertiente que vinculada a lo bello y, en sentido amplio, a todo un mundo de significados estéticos, creativos y contemplativos. Quien desee emprender tal búsqueda pedagógica no puede dejar de advertir que la sociedad contemporánea, al escoger los caminos del exceso y el absurdo, no estimula, sin embargo, el acercamiento a lo bello. A menudo el espíritu de nuestro tiempo se realaciona con los entornos artificiales, el predominio de lo virtual, la persecución de metas procedimentales, técnicas y funcionales, con vistas a la solución inmediata de los problemas y la búsqueda de competencias a cualquier precio, conducida a menudo con un total olvido de las dimensiones que parecen, al menos exteriormente, menos concretas y “rentables” con vistas al mercado de la formación, pero que seguramente son las más idóneas para revelar la profundidad personal y relacional de cada sujeto.

Desde otra óptica, la época actual es el tiempo de la estética difusa que, al cultivar un gusto puramente exterior por lo bello, pierde de vista su inherente dimensión cognoscitiva para el hombre. Hay, en cambio, toda una búsqueda que activar cuando el hombre reconoce que lo bello es trascendente, que “la verdadera belleza es siempre algo más, inalcanzable y, sin embargo, anhelado; atractivo y, sin embargo, recóndito; infinito y, sin embargo, presente en lo finito; vivo y, sin embargo, sometido a la muerte; perecedero y, sin embargo, salvífico; temporal y, sin embargo, eterno: algo que pasa y alcanzamos a ver solo de espaldas... Lo bello in-

cita, no atrapa; suplica, no exige; excita, no sacia. Es la belleza expresada de modo contradictorio, la puerta de la belleza, la belleza de Dios”¹.

Dejándome “sugestionar” por tales reflexiones, en estas páginas me propongo sondear pedagógicamente los rasgos propios del vínculo que liga la educación con la belleza, en la convicción de que hoy más que nunca es necesario redescubrir la relación que la formación tiene con una dimensión que resulta esencial en la vida personal, aunque a menudo se tergiverse y se identifique erróneamente con propuestas de carácter puramente estetizante. Si se la caracteriza así, se le atribuye un significado que no ayuda a emprender el camino hacia la belleza sino que, por el contrario, lo orienta de un modo equívoco, haciéndole perder todo su significado existencial y su valor.

La cultura en la que estamos inmersos nos presenta experiencias e investigaciones que son reflejo de diferentes y contradictorios modos de entender y vivir lo bello. Ciertamente es ésta una profunda *aspiración* del ser humano, que busca sin cesar el modo y el camino para alcanzar una plena conformación de sí mismo y una más adecuada presencia en el mundo. Si reflexionamos, podemos descubrir diversos puntos de referencia teóricos y científicos, tanto en nuestra tradición cultural como en los recientes avances propios de las diferentes ciencias humanas. En la historia del pensamiento filosófico, más que en ningún otro ámbito, hallamos numerosas ideas y observaciones, aunque no siempre sea simple y lineal su elaboración. El hombre continúa preguntándose por lo bello como cuestión nunca resuelta pero que, a pesar de todo, resurge siempre y plantea nuevos motivos para interrogarse.

Lo bello, al igual que los restantes referentes valiosos, ha sufrido el ataque del nihilismo y el de una cultura que, inspirándose en él, ha desvalorizado y negado todas las realidades supremas: Dios, el ser, el fin último, el bien, la verdad, lo bello. Como ha puesto de manifiesto el filósofo Giovanni Reale “la cultura contemporánea ha perdido el sentido de los grandes valores que, durante la Antigüedad y la Edad Media e incluso los primeros siglos de la Edad Moderna, servían como puntos de referencia esenciales, y en gran medida irrenunciables, del pensamiento y de la vida”². La crisis y el hundimiento de estos valores han alimentado de modo directo la tendencia del hombre occidental a vivir en una atmós-

1. FORTE, B., *Inquietudini della trascendenza*, Morcelliana, Brescia, 2005, p. 52.

2. REALE, G., *Saggezza antica. Terapia per i mali dell'uomo d'oggi*, Raffaello Cortina, Milano, 1995, p. 11.

fera de desconfianza y a recibir con indiferencia las llamadas hacia lo que tiene valor, orientando la propia vida según criterios puramente autorreferenciales, hasta el punto de que se puede sostener con razón que, más que en una sociedad compleja, vivimos ante todo en una sociedad perpleja, esto es, confusa e indecisa en lo que a los valores a los que adherirse respecta.

Por un lado, la perplejidad puede estimular una actitud proclive a interrogarse, a mantener abierta esa continua pregunta que el hombre se ha formulado desde que comenzó a reflexionar y que le lleva a plantearse el significado de su existencia. Por otro, puede generar dificultades, cuando se convierte en un estado de duda y excitación permanente que nos inmoviliza, anclados en una continua discusión sobre los referentes y los valores fundamentales, condicionando así la búsqueda por parte del sujeto de un núcleo estable para definición de sí mismo a partir del que poder reconocerse. En tal caso también pueden verse afectados diversos ámbitos de actividad, desde el pensamiento y el lenguaje, hasta al sentimiento y las diferentes formas de expresión creativa y artística a través de las que el hombre logra expresarse.

Como se podrá constatar en las páginas siguientes, nuestro enfoque presupone una atenta reflexión sobre el que es, en un cierto sentido, el telón de fondo de nuestra época, a saber, la experiencia de crisis y la disolución del sujeto provocada por el nihilismo, con la consiguiente imposibilidad de definir un ideal unitario apto para captar y sintetizar la multiplicidad, en función de una perspectiva superior, y así llegar a hacerse cargo de la pluralidad de lo real que, por el contrario, acaba siendo definido por su carácter fragmentario.

Pero reconocer los obstáculos y las dificultades, no implica dejarse llevar por la crisis, sino que ha de ser en un motivo para elaborar nuevas y más equilibradas síntesis pedagógicas. A las múltiples reflexiones sobre las consecuencias derivadas del nihilismo y su influencia en la cultura contemporánea, se debe responder, en todo caso, ideando una propuesta para *compensar* los efectos negativos de la falta de fundamentos y fines, así como del vaciamiento de todos los valores y referentes ideales. Conviene tener en cuenta que la cuestión de lo bello, en su significado más amplio y comprensivo, es de tal índole que remite al contacto que el hombre busca constantemente y es capaz de establecer con la verdad y el bien, entendidos como trascendentales del ser. Sólo así se puede descubrir que lo bello es siempre algo más que la simple apariencia externa e

inmediata. Lo bello es un acicate para el hombre contemporáneo, que le obliga a interrogarse e ir más allá de sí mismo, a superar también el entorno vital presente que, tanto si somos adultos o como si estamos en formación, nos acosa con estímulos externos que nos llevan a mirar sobre todo hacia fuera, debilitando más y más nuestra capacidad de autorreflexión.

Hoy en día parece difícil hallar y vivir momentos de tranquilidad para escucharse a sí mismo, y por ello disminuyen también las posibilidades para lograr ‘expresar’ con palabras y con actos el propio *sentir* y las auténticas emociones. En este punto, lo bello nos permite entrar en contacto con los estratos más íntimos de nuestro ser, pero también con nuestras posibilidades y capacidades de actualización. En efecto, lo que somos depende de las obras que somos capaces de realizar, y de los frutos que ha dado la humanidad en el curso de su historia y nos pertenecen a todos, en cuanto constituyen un patrimonio cultural y artístico que la humanidad es capaz incrementar y transmitir a las siguientes generaciones. En tal patrimonio se integran las diversas manifestaciones de lo bello y el arte, un universo de símbolos y significados que, junto con las múltiples creaciones literarias, la ciencia y la religión, conforman un horizonte cargado de sentido, al que el hombre tiene la posibilidad de retornar constantemente.

Al exponer mis reflexiones en estas páginas, me he propuesto afrontar la cuestión de lo bello mostrando, en particular, sus implicaciones de carácter pedagógico y educativo más relevantes, principalmente en virtud de la conexión privilegiada que la teoría y la ciencia pedagógicas tienen con la reflexión filosófica. Se hará patente, a lo largo de este trabajo, cómo lo bello ha atraído y cautivado a numerosos pensadores y autores, ligados a las más variadas escuelas y corrientes filosóficas. La selección y la elección de las contribuciones analizadas han venido dictadas por la naturaleza específica de la investigación, concebida no como un intento de reconstruir filosóficamente en su conjunto la problemática de lo bello, sino con el fin de identificar las coordenadas más fructíferas para su tratamiento pedagógico.

Tras estas cuestiones preliminares que se ha considerado oportuno exponer, ante todo para contextualizar el tema dentro de un universo cultural que ha inspirado, de muchas formas, múltiples ideas y creaciones de carácter estético, advertimos que la investigación realizada se articula

en dos momentos diversos que responden, al mismo tiempo, a dos aspectos estrechamente relacionadas entre sí.

La primera parte, tiene un carácter más bien especulativo y teórico, y en ella se examinan las cuestiones de fondo ligadas a lo bello, tomando en consideración en particular el escenario contemporáneo, analizado de acuerdo con las coordenadas suministradas por el pensamiento filosófico y por otras disciplinas que han abordado desde su peculiar óptica tal cuestión. Ello se traduce en un enfoque orientado a perfilar lo bello, no solo en tanto que categoría conceptual, sino también como un componente experiencial de la actividad formativa que estudia la filosofía de la educación, lo que constituye la premisa y el cauce para una reflexión pedagógica que le otorgue todo su valor formativo intrínseco y constitutivo. Si por un lado, la pedagogía debe interpretar las tendencias evolutivas de la sociedad y la cultura, para tratar de identificar vías de reflexión y acción válidas para situar en todo momento a la persona y su educabilidad en la circunstancia de su tiempo; por otro lado, para poder reconsiderar esta centralidad, debe vincular esas coordenadas con el diálogo filosófico, para adoptar siempre un enfoque de tipo antropológico, dada la relevancia que va cobrando en nuestra época el estudio de la naturaleza y la esencia del hombre. En este sentido, la consideración pedagógica de lo bello no puede evitar adoptar una perspectiva antropológica abierta a la consideración de la naturaleza personal.

En la segunda parte de este libro, se indagan las posibilidades reales de definir el carácter de una pedagogía de lo bello, orientada a recuperar la unidad originaria entre razón, afectos, sentimientos y estética, que es la base de la educabilidad humana. Se examinan, pues, las cuestiones desde una perspectiva que se propone “contemplar” los principios esenciales en los que apoyarse para promover un renovado impulso teórico y práctico hacia lo bello, como itinerario que, al margen de lógicas predeterminadas y presupuestas, permita sondear los estratos más profundos de la persona, teniendo en cuenta también esa *búsqueda de sentido y de verdad* que se puede suscitar mediante lo bello.

En el análisis de la vinculación, a menudo poco explorada, entre lo bello y la reflexión pedagógica, debe tenerse siempre presente al carácter poliédrico propio del tema que, por un lado, exige abordar algunas cuestiones específicas, como su relación con la estética y con el arte, pero por otro no termina ahí. En efecto, la pedagogía también debe sacar partido de otras disciplinas que han examinado, por ejemplo, la experien-

cia que cada hombre tiene de lo bello, así como el modo en que la interpreta y logra que realmente su itinerario educativo y formativo.

Indudablemente, las cuestiones tenidas por tradicionales, al resultar inherentes al discurso sobre lo bello, han de ser abordadas, para tomar conciencia de sus límites, en cierto sentido externos, y evitar posibles equívocos y malentendidos. No obstante, lo específico de nuestro análisis ha sido tratar, ante todo, de establecer las coordenadas que convierten a lo bello en un *itinerario con sentido educativo*, una *dinámica de significado* y, al mismo tiempo, un *modo* de recorrer los senderos de nuestra formación, dejándonos guiar por los demás, sean éstos nuestros padres, los educadores, los profesores, las figuras prominentes de nuestra vida, o bien los escritores y artistas que nos han fascinado con sus obras y nos han conmovido para bien, ayudándonos a captar mejor el sentido de nuestra educación.

En este ámbito, merece singular atención el modo, *cómo* nos relacionamos con la realidad externa y con los demás. La manera de recorrer los itinerarios educativos depende en gran medida de lo bello, que, a su vez, refleja la *forma* que buscamos y somos capaces de conferir a nuestras experiencias y a nosotros mismos. En palabras de la pensadora Jeanne Hersch, el hombre, para serlo, necesita “dejar una impronta humana” en la realidad, esto es, imprimir en ella “su sello efectivo”, que se materializa de modos diversos a través de las formas de conocimiento, la acción, la contemplación o la creación artística: “Toda actividad humana se apropia de una materia para darle forma. Toda impronta del hombre sobre la materia reviste un carácter formal. Por un lado, (...) no hay nada en el ámbito de la realidad humana, ni en cuanto integra la realidad para el hombre, que sea puramente dado. Es accesible al hombre sólo lo que ya lleva la impronta de su ‘sello’. La forma es para él la modalidad misma de toda realidad, de lo real como tal. Esto significa que lo que carece de forma no puede suscitar en el hombre ni una experiencia sensible, ni una experiencia afectiva, ni una experiencia práctica, ni nada. Lo que no tiene forma no puede ser ni percibido, ni concebido. Así pues, la forma abarca toda la realidad humana”³.

La referencia a la forma es inevitable en una reflexión sobre lo bello, ya sea por el contenido ontológico de tal concepto, que se perfila como una invocación que el ser dirige a nuestra existencia, ya sea por las

3. HERSCH, J., *Essere e forma*, Bruno Mondadori, Milano, 2006, pp. 78-79.

consecuencias formativas puede tener plantearse, desde el punto de vista pedagógico, cómo ayudar a la persona a plasmar y perfeccionar la forma de su propio ser, es decir, a determinarlo de manera cada vez más específica y concreta, según lo que le dicte su auténtica originalidad. Citemos de nuevo en esta línea las palabras de Hersch, cuando relaciona la forma con el ser del hombre: “La forma hace que exista una realidad específica para el hombre, la única que está a su alcance. Pero la forma tiene una orientación vectorial y trascendente. La única realidad accesible para el hombre es posible sólo en virtud de una realidad inaccesible. Al especificar el ser, la forma atribuye al ser un determinado vector trascendente (...), y ésta constituye para el hombre un signo del ser que, al mismo tiempo, es una llamada al ser”⁴.

De acuerdo con estas consideraciones, el discurso sobre lo bello se perfila para el hombre como el modo de prestar atención al ser, de responder a su llamada, sin dejar de lado los fundamentos ontológicos de su existencia, y al mismo tiempo, captar toda la riqueza y la originalidad expresiva que lo bello puede suscitar en los diversos ámbitos de la reflexión y la creatividad humana.

Las ideas expuestas en esta introducción han sido concebidas con la convicción de que en su conjunto el pensamiento pedagógico y la *actividad* formativa implican siempre intentar descubrir y actualizar una forma personal, haciéndose cargo igualmente de una amplia gama de experiencias, relaciones humanas, dificultades y realidades *bellas*, que cada uno construye progresivamente gracias a la educación y a sus modalidades concretas, y por medio de la escucha y el diálogo con los demás. En el plano personal, tal escenario se ha ido dibujando para mí durante esta investigación, realizada en el seno de la Universidad Católica de Milán y en contacto con el profesor Giuseppe Vico, al que agradezco vivamente que me haya apoyado en mi empeño por profundizar en este asunto.

Agradezco al profesor Piero Viotto las pistas de investigación que me ha facilitado, gracias a las que determiné, en un primer momento, las razones por las que lo bello es uno de los núcleos centrales de la educación.

Agradezco, en particular, a la doctora Rossella Coarelli su disponibilidad y su capacidad de interpretación.

4. *Ibid.*, p. 203.